

## Time after time (un relato de viajes)



“No pido a la vida nada sino que se deje mirar”. Esta sencilla reflexión personal la hizo Cesare Pavese en uno de sus adictivos relatos. Yo solo pediría que fuera el mar quien se deje mirar.

Porque es sorprendente comprobar como algo tan visto e ignorado como la orilla pueda

resumir aspectos tan sutiles de nuestra vida; por un lado el rugido de las olas de Poniente ahoga todo el ruido de ese mundo que queremos olvidar, y a la vez el continuo vaivén de nuestra memoria mimetiza el movimiento rítmico del mar.

Nos sentamos en cualquier playa, dando la espalda a una vida que a veces es inexplicable, frustrados por esa manía tan humana de querer analizar y encontrar una explicación a todo, y de repente se esfuma el mundo. Intuimos, incluso vemos, recuerdos que parecen flotar en esa zona alejada del litoral, una zona que solo alcanzaríamos si hubiera un barco a mano, pero ese barco resulta no estar nunca cuando lo necesitamos, de modo que nuestro pasado queda al albur de las corrientes, de los vientos y de las olas para volver a su origen, nosotros.

Estar atentos al oleaje es como escuchar la misma música una y otra vez, la misma versión, el mismo autor. Y mientras suena la repites calladamente en tu interior, como un mantra, hasta convertirla en una obsesión. Hasta que llega un momento en que te sorprendes cantándola en silencio, solo para ti: al despertar, al pedalear, cocinando, esperando a un cliente, incluso soñando te ves susurrando esa música.

Poco a poco, sin darte apenas cuenta, las notas del piano marcan tus pasos por la calle, te ves *pensando* la música, *sintiendo* su letra, incluso *hablando* con su autor, y no, no te has vuelto loco. Contemplar el mar para recuperar los mejores recuerdos, traer de vuelta paisajes a punto de ser olvidados, que te vuelvan a atrapar esas miradas que te contemplaron, recuperar lo mejor de ti, los olores que pensabas perdidos, los abrazos que te hicieron vibrar, los llantos, las comidas, los sonidos, todo a punto de caer por *el otro lado* de la memoria. Y sucede de esa manera tan irreal, tan intangible, como solo la lenta perdición te puede regalar.

Y es que todo vuelve con el oleaje.

---

Sobre lo que más pueda estimar, aparte de mi bicicleta negra y la familia, están mis libretas. Y no sabría decir si vienen a mi o vuelvo yo a ellas, pero se han convertido en irrenunciables. Las elijo con cuidado, las toco, las huelo, las traigo de países o tiendas extrañas, incluso la he fabricado, las guardo con mimo, las colecciono....para finalmente irme de viaje con ellas. Y cuando están repletas las coloco en la estantería de las libretas escritas. Para recuperarlas meses después, a veces años, con historias que yo no he escrito.

Y así me ha vuelto la mirada, de ojos negros y asombrados, de esa mujer afroamericana con el pelo gris recogido, que nos hablaba como una abuela de sabiduría acumulada, como si nos conociera desde hace muchos años. Rose, seguro que se llamaba Rose, parecía a punto de jubilarse, quien sabe si era su última mañana en la recepción de los Jardines Botánicos. En nuestro primer día en Brooklyn se adelantó el verano, y gracias a Rose el guarda nos dejó tomar los sandwiches sobre la hierba, a la sombra de los cerezos. Ella nos contó con detalle sobre *sus jardines*, lo mismo que habrá contado a todos los visitantes en todos esos años, décadas, con la misma pasión de mujer grande, con esa cadencia africana. Mientras, al otro lado del muro de piedra, crecía la selva de castaños de Prospect Park.

Y he podido recuperar el olor a metal caliente que salía por las bocas de metro de la línea Q. Un olor remoto y subterráneo de razas pacientes, silenciosamente mezcladas. El sudor industrial de trenes interminables y chirriantes. El aroma dulzón de bagels comidos en corredores y andenes de la caótica estación de Atlantic Avenue, de la canela flotando sobre tantos capuchinos en vasos de cartón.

Vuelve a tomar el pecho el bebé, en las sombras del jardín trasero de la heladería Blue Marble, mientras Salwa, la madre puertorriqueña de piel tostada, nos cuenta apasionada la loca vida de su Nueva York, de su trabajo en la editorial. Una conversación sin terminar que quedó suspendida en el tiempo. Pero que vuelve una y otra vez.

El fogonazo de felicidad de una mañana de junio en la que la luz blanca del Atlántico entró a recorrer las avenidas y parques de Brooklyn.

El instante preciso, paralizante, en el cruce de Sterling Place con Underhill Ave, esas calles tan desconocidas como intuitas, con sus grandes árboles alineados, los ventanales de sus casas de piedra rojiza. Un momento tan volátil que quise atrapar andando despacio, sentándome en el murete de una de las casas, y abriendo mi libreta roja. Recupero a la mujer de ojos claros, con vaqueros y camiseta blanca, que salió de esa misma casa bajando con agilidad los escalones de piedra y hierro forjado, para hacer algo irrelevante en su coche. Una sonrisa que devolví.

Suena una y otra vez el estruendo del concierto de jazz alternativo en el local social de Rochdale, donde la ciudad gradualmente se difumina para convertirse en un barrio de aceras anchas y desiertas, enormes coches destartalados, pandillas de hombres jamaicanos, dominicanos, fumando

apostados en las farolas, aplastados por el gran sueño americano. La cerveza con Sam Weisenberg a la vuelta de la esquina, en un país ya blanco, después de la charla con los componentes del grupo. Su condición de judío, sus viajes a Europa, el sueño de los americanos.

A nuestras espaldas ruge el mundo inexplicable, a nuestras espaldas sigue fluyendo un ancho East River, silencioso, gris, frontera con Manhattan. Huele al café recién molido, a la piel cuarteada del sofá del Brooklyn Roasting Company.

Donde la penumbra de la tarde, una lluvia de verano, acaba repiqueteando en todas las almas.

© José María Sánchez Alfonso

**Nota:** Este relato está basado en experiencias reales, pero lo he escrito inspirado por la maravillosa canción “Time after time”, de la cantautora noruega Elvira Nikolaisen. Un auténtico susurro de felicidad. Con todo mi cariño a mis amigos de Marbella Activa.

